





LA TRAVESÍA DEL VOGA



Anton Arriola Boneta

La travesía del Voga



Narrativa
PLAYA DE ÁKABA

Primera edición: noviembre de 2015
© Anton Arriola Boneta, 2015
© de esta edición: Playa de Ákaba, S.L.
Maquetación: Åsa Arnewi
Impresión: Gráficas Campás, S.A.

ISBN: 978-84-16216-87-1
Depósito Legal: M-27096-2015

www.playadeakaba.com
playadeakaba@gmail.com

*En memoria de Nicola;
y en este mundo, a mis padres*



«¿Quién, entre vosotros, merece la vida eterna?»
La posibilidad de una isla, Michel Houellebecq



La travesía del Vog



**Venecia - Kornati - Hvar - Duvrovnik - Kotor - Brindisi
- Corfú - Catanzaro - Mesina - Eolias - Nápoles/Capri -
Bonifacio - Mahón**



Roma, 20 de julio del año 2046

Bruno caminaba por las estribaciones de la Plaza Sempione de Roma rumiando lo peculiar que era el nuevo encargo que el *capodecina* le había encomendado. Emitió un suspiro y esbozó una sonrisa de alivio al recordar cómo había iniciado la conversación: «Bruno, queremos que te tomes unas vacaciones». Su cuerpo se había tensado. En la organización no te ofrecían vacaciones, uno se tomaba un respiro cuando no tenía ningún encargo, asegurándose de estar disponible; aquello era nuevo y totalmente imprevisto, y lo imprevisto solía conllevar malas noticias. Y en su mundo las malas noticias podían ser funestas: frecuentemente después de recibirlas no le quedaba ya a uno mucho de qué preocuparse. La alarma había puesto su mente a trabajar a gran velocidad, intentando recordar cuándo y dónde había podido cometer un desliz grave. Porque deslices los cometía frecuentemente, era inevitable en aquel negocio; pero no conseguía dar con nada grave de verdad. El *capodecina*, un hombre grueso de rasgos duros y maliciosos, había mostrado entonces una mueca ambigua que traslucía suficiencia y regodeo, pero también un vago asomo de preocupación ante el nerviosismo de su subordinado. Bruno había recuperado el control de sí mismo, recordando la máxima de que parecer culpable de algo, aún sin serlo, podía ser fatídico.

—No necesito vacaciones. ¿Por qué iba a necesitar vacaciones ahora?

—Unas vacaciones le vienen bien a todo el mundo. Además estamos en verano...

—No necesito vacaciones, jefe.

El *capodecina* le había mirado fijamente a los ojos y con otra mueca ambigua había decidido dejar de joderle. No tenía motivos para dudar de Bruno, pero era una necesaria deformación profesional dudar de todo el mundo, todo el tiempo.

—También queremos que hagas un encargo mientras disfrutas de las vacaciones —aclaró.

Bruno se había relajado, tragándose la inquina que aquellos pequeños juegos le producían. Él era un soldado experto y fiel, y su *capodecina* se estaba haciendo mayor, quizás el relevo no estuviera lejos. Era probable que esa fuese la razón por la que le provocaba más de lo habitual.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó, sin ocultar un leve rastro de resquemor.

—Tú navegabas a vela en la bahía de Nápoles, ¿verdad?

—Sí, jefe. —La pregunta le había sorprendido de nuevo, pero esta vez no dejó traslucir ninguna emoción—. Hasta los veinte años me pasaba buena parte del día impartiendo clases de vela en la escuela del puerto de Molosiglio, navegando golfo arriba, golfo abajo.

—Perfecto. Quién hubiera pensado que esos conocimientos nos iban a venir bien... Quiero que te embarques en un velero el uno de agosto. En Venecia. Tienes que hacer de tripulante para dos parejas las próximas semanas. Gente importante, pero inofensivos, un asunto sencillo. El destino final es la isla de Menorca, quieren ir navegando con tranquilidad, parando en diversos lugares a lo largo de la ruta.

Han alquilado el velero cuatro semanas... esas son tus vacaciones.

Bruno había observado a su *capodecina*, intentando discernir si seguía jodiéndole. La mirada de este no reflejaba ningún atisbo de ironía.

—¿Y el encargo? —preguntó.

—Uno de los pasajeros. Le daremos, por petición del cliente, el nombre de Fénix.

Tras pensarlo un segundo, Bruno había mirado a su jefe con abierta perplejidad: se preguntaba qué sentido tenía embarcarse cuatro semanas con un objetivo y sus tres acompañantes; si se trataba que liquidar al tal Fénix, lo normal y mucho más sencillo era encargarse de ello antes de que comenzaran el crucero. El *capodecina* había intuido la fuente de su extrañeza.

—Sí. Lo singular del encargo es que no debes ejecutarlo hasta que recibas luz verde, y pueden pasar semanas hasta que esta llegue. Se puede dar incluso la posibilidad de que finalmente no tengas que arreglarlo. En ese caso les dejas en Menorca y te vuelves a casa.

Tras procesar aquella información, Bruno se había dispuesto a pedir más aclaraciones —de qué dependía la luz verde, cuándo era previsible que llegara...—; pero había comprendido por la expresión de su jefe que no cabía hacer más preguntas, que esas eran todas las indicaciones con las que iba a contar.

—Entendido —dijo—. ¿Quién dará la luz verde?

—Quiero que te vayas a verle ahora. Su nombre es Bonavita. Te espera en el Paradisso de la Plaza Sempione, en Monte Sacro, a las doce y media. Os dais un paseo y te lo cuenta. Metro ochenta y cinco, delgado, calvo, gafas y aspecto de cura. Norteamericano.

—De acuerdo —Bruno asintió tras consultar mecánicamente su reloj.

—Está todo arreglado con el propietario y la sociedad que gestiona el alquiler del velero. Los detalles están en este sobre. Quiero que te lleves contigo a alguien de confianza y que no vaya a despertar sospechas, alguien que pegue en un velero. Marietta es la persona ideal.

Bruno había asentido con un atisbo apenas perceptible de ironía. Marietta, con la que ya había trabajado en algún encargo, venía pisando muy fuerte. Tenía sangre fría, una inteligencia rápida e intuitiva y era despiadada como el que más cuando hacía falta. Además del dominio del inglés y de la informática; y por descontado, la opción de utilizar sus encantos femeninos, que no eran nada desdeñables. No cabía duda, lo tenía todo para subir en la estructura; a ojos de los jefes era «la persona ideal» para cualquier encargo. A eso se añadía que era palermitana, descendiente de generaciones de miembros de la organización, no como él, un napolitano emigrado al norte que había sido incorporado en la expansión de la rama milanesa —hacía solo dos años que había sido transferido a Roma, tras operar siete años en el norte—.

El *capodecina* se había levantado entonces dando por finalizada la conversación y había abierto sus brazos sin variar el rictus serio de su rostro. Bruno se alzó al momento y se estrechó en un leve abrazo ceremonial con su jefe. Tras besar sus mejillas, este le había retenido un instante y había acercado la boca a su oído.

—Bruno, esto viene del otro lado del océano y de muy arriba. Es importante ser impecables.

Bruno le había mirado un momento a los ojos con firmeza y había agachado ligeramente la cabeza en señal de asentimiento. Tras mantener sus brazos asidos todavía un

par de segundos más, el *capodecina* los había soltado girándose y saliendo rápidamente del pequeño bar del extrarradio romano donde habían quedado en aquella ocasión, uno de la media docena de locales en los que solían fijar sus encuentros.

Al llegar a la altura del Paradisso, Bruno identificó sin dificultad a su cliente. Estaba sentado en una de las cuatro mesas exteriores, mirando nerviosamente a diversos puntos de la plaza. Al ver a Bruno parado sobre la acera fijó su mirada en él; transcurridos unos segundos, le hizo un leve gesto con la cabeza. Bruno se acercó despacio hacia la mesa.

—Bonavita, si no me equivoco —dijo al encontrarse a un par de metros.

—¿Bruno?

—El mismo. ¿Quiere que me siente o damos un paseo?

—Acabo de pedir un café. Si le parece, siéntese y tome algo.

Bonavita señaló una silla delante de él, pero Bruno eligió sentarse justo a su lado, donde tenía una visión panorámica de toda la plaza. Llamó al camarero y pidió un café solo; permanecieron en silencio hasta que este trajo los cafés. Ambos lo apuraron en apenas dos tragos, mientras Bruno observaba de refilón al americano: se le veía inquieto, pero sus ojos brillaban intensamente, reflejando una absoluta determinación; aquel hombre tenía pinta de tener muy claro lo que quería. Quizás fuera el llevar la camisa abotonada hasta arriba lo que le confería lo que el jefe había descrito como pinta de cura. Eso y el brillo de su mirada, que se podía interpretar con facilidad como reflejo de un ardor mesiánico. En ese momento se dirigió al camarero.

—Cóbreme por favor.

—¿Perdone? —el camarero contestó confuso.

—Que nos traiga la cuenta. —Bruno intervino raudamente. Bonavita hablaba un italiano correcto, pero su acento era difícil de captar si uno no seguía sus labios con atención.

Tras pagar se levantaron, dirigiéndose hacia Corso Sempione. Bajaron por la calle sin intercambiar una palabra y al llegar a Via Maiella entraron en un pequeño parque. Bonavita se decidió entonces a comenzar a hablar, y lo hizo en un tono profesional que pretendía mostrar seguridad, pero que no lograba ocultar un leve nerviosismo.

—¿Le han puesto al corriente? —preguntó.

Bruno adoptó la misma inflexión, carente en su caso de vacilación alguna.

—El objetivo es Fénix. Pero hay que esperar a tener luz verde. Entretanto acompaño a las dos parejas en su travesía por el Mediterráneo. ¿Cómo y de quién recibo la luz verde?

—Exclusivamente de mí. Le enviaré un mensaje a su teléfono: «Adelante Fénix». Si finalmente lo recibe, es imprescindible que parezca un accidente. Entiendo que será fácil en un velero en medio del océano.

—Por la cuenta que me trae; voy a pasar días o semanas con esta gente a cara descubierta. ¿Algo que deba saber respecto a los pasajeros?

—Paolo Balsotti y su mujer Claudia Scuarza. Él dirige una pequeña firma de publicidad de su propiedad en Milán. Ella trabaja en la universidad, por lo visto pasa la mayor parte del día leyendo. Son amigos íntimos desde los tiempos de juventud del... objetivo —titubeó—, de Fénix. Se trata de Federico Poli, un triunfador de Wall Street. Ha hecho carrera y fortuna en las finanzas internacionales, actualmente es Presidente del Sherman First Bank, en Nueva York. Es inteligente, culto e intuitivo, y puede ser duro como el pederenal. A la otra mujer, Sofía Costamagna, quizás la conozca

de la televisión, lleva más de veinticinco años presentando diversos programas informativos para la RAI. Es perspicaz y precavida. Con estos dos deberá extremar las precauciones, cualquier desliz les puede hacer sospechar.

Bruno procesó aquella información, intentando identificar algún detalle en el que conviniera profundizar.

—¿Fénix y la periodista son pareja? —preguntó al fin.

—No, pero tengo entendido que lo fueron durante unos años en su juventud.

—¿Algo más que deba saber?

Bonavita caviló en silencio unos segundos para finalmente negar con un movimiento de cabeza. Deseoso de concluir aquel trámite, comprobó que a Bruno le bastaba con la información y se dispuso a dar por finalizada la conversación. Tras intercambiarse los números de móvil y despedirse, el americano se dirigió a la entrada del parque y, de nuevo en Via Maiella, esperó a que pasara un taxi. A los pocos minutos decidió acercarse hasta la esquina con Corso Sempione y allí no tardó en localizar uno. Se montó y dudó un instante; todavía disponía de varias horas antes de coger su vuelo a media tarde de vuelta a Washington. Lo primero era informar del resultado del encuentro, que él consideraba satisfactorio: su impresión era que estaban tratando con gente profesional que sabía lo que hacía; podían confiar en que, en caso de confirmarse, el encargo sería cumplido eficazmente y sin levantar sospechas. Pero aquella llamada podía hacerla paseando tranquilamente por Roma, reconvertido de nuevo en un turista más. Cerrando la puerta del taxi, se dirigió al conductor: «A la Plaza de San Pedro, por favor».

Mientras tanto, Bruno salió del parque y caminó en dirección opuesta hacia Via Nomentana. Volvía a dar vueltas en su cabeza a lo singular de aquel encargo. Convivir con

aquella gente en un velero sin saber si finalmente tendría que eliminar a uno de ellos... «un triunfador de Wall Street». Él había visto un par de películas; lo que en su mundo se hacía con violencia y brutalidad, aquellos ejecutivos lo hacían con corbata y mucho estilo. Pero en resumen venía a ser lo mismo: maximizar beneficios y quitar de en medio al que molestaba. Supuso que el tal Poli debía de molestar mucho. Daba por sentado que la luz verde llegaría, posiblemente esperaban tan solo al momento más oportuno para sus intereses. No, no eran precisamente unas vacaciones; pensó que normalmente las cosas eran mucho más impersonales, no había trato alguno con el objetivo, y eso facilitaba las cosas. Decidió tratar de mantenerse al margen, dedicarse a la navegación y que fuese Marietta la que llevara el trato diario con los «pasajeros». Sacó entonces su móvil y buscó el número de la que iba a ser su colaboradora en aquel extraño encargo.